

Algunas pistas de la cultura mexicana

Eduardo Ramos-Izquierdo

Eduardo Ramos-Izquierdo es catedrático en la Université de Paris IV-Sorbonne, donde enseña literatura hispanoamericana. Es editor de la colección Seminaria y ha publicado obras sobre Borges, Cortázar, Rulfo y la intertextualidad.

C'est une expérience éternelle que tout homme qui a du pouvoir est porté à en abuser.

MONTESQUIEU

Qu'est-ce donc que la politique si ce n'est l'art de mentir à propos?

VOLTAIRE

*Wovon man nicht sprechen kann, darüber muss man schweigen
(De lo que no se puede hablar, hay que callarse)*

L. WITTGENSTEIN

Omnipresente e inevitable, lo político marca las pautas de un país y por ende afecta y delimita nuestras vidas cotidianas. Nadie está exento de sus consecuencias: cada uno de nosotros las vivimos y sufrimos. Todos hablamos de política: desde la pasión o el recelo hasta la ironía, con hipótesis o recuerdos, con odios, temores o esperanzas. Si callamos es también una forma de hablar, si hablamos en voz alta es garantía de libertad. Las siguientes líneas intentan una lectura ecuánime (¿es posible?) de un tema incapaz de suscitar la indiferencia.

Lo político: de *polis*, ciudad, aquello que concierne a la ciudad, al gobierno, al Estado; lo político como arte, doctrina, opinión, actividad pública, voluntad y ejercicio del poder.

Propongo una lectura de la cultura de lo político en México a partir de algunos de sus usos y costumbres, de sus símbolos y valores. En particular, es necesario en un principio un marco, un horizonte histórico con un énfasis en los últimos veinte años. Este permite el examen de algunos símbolos y valores centrales de su cultura y de un lenguaje que precede unas consideraciones sobre la transmisión de lo político a través del medio más usitado en nuestro tiempo: la televisión. Una última parte concluye con una reflexión de la actualidad más reciente.

LA REALIDAD: LA SOMBRA DE LO VISTO

Un perfil inicial

México –oficialmente Estados Unidos Mexicanos– tiene una extensión de un poco menos de 2 millones de km² (14° en el mundo, 5° en América, 3° en América Latina) y alrededor de 106 millones de habitantes según el Consejo Nacional de Población (la mayor entre los países de habla hispana, la segunda de América Latina después de la de Brasil y la undécima en el mundo). País limítrofe de Belice, Guatemala y los EUA, con quien comparte una extensa frontera de más de 3100 km, una de las más permeables dados los intereses económicos de ambos países: miseria en el país de origen, mano de obra barata en el de inmigración.

Según la Constitución vigente, México es una república representativa, democrática y federal. Para su ejercicio de gobierno, está dividido en tres poderes independientes: ejecutivo, legislativo y judicial. El ejecutivo es dirigido por el presidente, jefe del Estado, del gobierno y de las fuerzas armadas, y por su gabinete de ministros o secretarios de Estado; el legislativo es competencia del Congreso de la Unión, organismo bicameral compuesto por el Senado de la República y la Cámara de Diputados; el judicial recae sobre la suprema Corte de Justicia de la Nación, el consejo de la Judicatura Federal; y los diferentes tribunales colegiales, unitarios y de distrito. En la práctica, el presidente ha ejercido un supremo poder centralista en el gobierno durante el siglo XX durante la dictadura de partido del PRI.

La república se compone de 32 entidades federativas, entre las cuales destaca un Distrito Federal de 15 delegaciones administrativas, cuya capital es la Ciudad de México. En la actualidad la ciudad ha desbordado ampliamente la entidad federativa y cubre vastas zonas del vecino Estado de México. La población de esta zona urbana rebasa los veinte millones de habitantes.

Ciudad capital de crecimiento incontrolado y de fuertes desigualdades, algunas de sus zonas céntricas (en particular los conjuntos de lujosos rascacielos y servicios ultramodernos del oeste) contrastan con extensas zonas de carencia y de pobreza urbanas. En su centro o primer cuadro está la Plaza Mayor o Plaza de la Constitución, mejor conocida como el Zócalo. En este espacio ortogonal se encuentra al norte la Catedral, al este el Palacio Nacional, sede del gobierno federal y al sur el edificio de la Jefatura del Gobierno de la Ciudad. En el ángulo entre estas dos dependencias oficiales se sitúa la Suprema Corte de Justicia. Esta concentración de oficinas oficiales le otorga a la plaza un alto lugar simbólico de poder. En particular, en los años de este nuevo siglo, el Zócalo ha sido el escenario principal de la expresión de las recientes y fuertes rivalidades entre el Gobierno Federal (Partido Acción Nacional, PAN) y el correspondiente del Ayuntamiento de la ciudad, al estar continuamente ocupado por eventos políticos y culturales de este último, así como mítines y movilizaciones del Partido de la Revolución Democrática (PRD), formación a la que pertenece el actual Jefe de Gobierno, Marcelo Ebrard.

La unicidad de un horizonte

Buena parte de la historia política de México del siglo XX ha estado bajo la hegemonía de un único partido político, el actual Partido Revolucionario Institucional (PRI). En 1928, en plena Guerra Cristera y meses después del asesinato del general Álvaro Obregón, recién reelecto presidente, nace el Partido Nacional Revolucionario (PNR) por iniciativa del general Plutarco Elías Calles, el presidente saliente (1924-1928); diez años después esta formación política se convierte en el Partido de la Revolución Mexicana (PRM); y a principios de 1946 se modifica nuevamente su estructura y su nombre al de PRI.

En la primera etapa nacional-revolucionaria, Calles busca fusionar en un único partido las diversas tendencias políticas posrevolucionarias regionales y disciplinar su comportamiento para pacificar al país. En la etapa del PRM, el general Lázaro Cárdenas, presidente en turno (1934-1940), impulsa un carácter corporativo al integrar en el partido a los organismos sindicales organizados en cuatro sectores: obrero, campesino, popular y militar. Este último desaparece en 1940; los otros tres permanecen hasta nuestros días. Esta época del partido —orientada hacia una política de izquierda— contrasta con la siguiente

que comienza en los años de posguerra. El 18 de enero de 1946, en la nueva metamorfosis llamada PRI y en sus efectos políticos de gobierno del país se perfila el predominio de una orientación de derecha, de industrialización y de acercamiento a los Estados Unidos que prepara el conocido *desarrollo estabilizador*, modelo socioeconómico que perdura de 1950 a 1970, versión de un «milagro mexicano», coincidente también con el periodo de los «treinta gloriosos». La anterior fecha marca la frontera entre un periodo de presidentes-generales (1928-1946) a uno de presidentes-licenciados. Todos los futuros presidentes de México hasta la fecha han sido civiles, fenómeno de excepción en un contexto histórico latinoamericano en el que el predominio de las fuerzas armadas ha sido catastrófico en el siglo XX.

En sus tres apelaciones, el partido conserva la mención y/o alusión al término «revolución». Si las dos primeras explicitan una idea nacional y otra emblemática a la Revolución mexicana, la última desconcierta por la antítesis de los términos «revolucionario» e «institucional». En realidad, la Revolución para los priístas se vuelve una mera retórica discursiva que se institucionaliza o burocratiza en un partido y un gobierno. El abuso del término motiva un desgaste que se extrema hasta la vacuidad.

En el periodo 1928-2000 prevalece la simple ecuación PRI = Gobierno. En un país como México –reputado de inexacto e indisciplinado– la omnipotente maquinaria PRI-Gobierno funciona con una regularidad y una puntualidad impresionantes. Caso insólito (y sospechoso) en la historia contemporánea, de sus trece candidatos-presidentes, los últimos doce comienzan ritualmente su ejercicio el 1 de diciembre, se mantienen en el poder durante su mandato y transmiten su función seis años después (1934-2000): aguda cronometría de un sistema político. El PRI-Gobierno ejerce una supremacía durante su apogeo en los puestos de importancia: coloca a sus candidatos en todas las gubernaturas, escaños en las cámaras y alcaldías. Durante más de medio siglo, a pesar de la existencia de otras formaciones políticas, México vive *de facto* bajo un régimen unipartidista monolítico. En una dictadura de partido, el PRI ahoga a todos sus opositores: el partido conservador (PAN) nunca concreta su acceso al poder; el Partido Comunista (PC) sobrevive sin registro en la clandestinidad; otros partidos menores son meros satélites del PRI. Si alguna oposición existe es aquella que se encuentra dentro del mismo partido donde coexisten y se enfrentan diferentes sensibilidades, tendencias e intereses políticos.

Apenas hasta la década de los sesenta, el PRI pierde algunas elecciones municipales en los Estados del norte. Se inicia desde entonces un lento ciclo de reformas políticas y electorales. A partir de 1963 se crean los «diputados de partido»; en 1977 se cimenta una reforma más sólida que permite, entre otras: la estructura de un colegio electoral; el registro de partidos proscritos (el Partido Comunista, por ejemplo), la posibilidad de coaliciones, la representación proporcional. Estas reformas permitirán en el futuro la elección de diputados y gobernadores de otras formaciones y más tarde la del Jefe de Gobierno en 1997 y la del Presidente de la República en 2000.

El declive: 1988-2008

Una divergencia de carácter personal y político con motivo de la elección de 1988 motiva una fuerte crisis, no la primera, pero sí la más grave que enfrenta el PRI en su historia. Una fracción importante encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas (hijo del ex pre-

sidente) y Porfirio Muñoz Ledo se separa del partido y crea el Frente Democrático Nacional (FDN) junto con otras formaciones en un intento de una izquierda unificada. Para esos comicios, Cárdenas es candidato y el PAN también presenta al candidato Manuel Clouthier, ambos con un fuerte apoyo de sus partidarios. En unas elecciones harto controvertidas en las que se «cae el sistema» (informático, pero anuncia la caída del político), el candidato priísta, Carlos Salinas de Gortari, es declarado vencedor sobre Cárdenas. No hay un conteo de los votos y las papeletas son quemadas. Un año después el FDN se convertiría en el actual PRD y el PAN comenzaría a reforzarse.

En 1988 se consolida un cambio de la disección del PRI-Gobierno con una nueva generación de tecnócratas que venía germinado desde los años setenta. Estos funcionarios, formados en universidades de Estados Unidos o Inglaterra, dan las pautas principales de una política que elimina paulatinamente de los discursos oficiales la «retórica» sobre la bandera y los ideales de la Revolución mexicana en favor de un nuevo lenguaje que evoca la globalización, el intercambio del comercio internacional y la integración de mercados.

En el periodo 1988-2008, desde el punto de vista de los resultados electorales, se pueden distinguir tres fechas claves que ejemplifican el inevitable declive del sistema PRI-Gobierno. Después de la «caída del sistema», el PRI reconoce por primera vez en su historia la derrota en una elección de gobernador (Baja California) en 1989. Esta primera fisura es confirmada en 1997, en pleno mandato priísta de Ernesto Zedillo (1994-2000), cuando Cárdenas, candidato del PRD, es elegido al cargo de Jefe de Gobierno del Distrito Federal (anteriormente el presidente designaba al responsable de esta función). La ciudad de México comienza a consolidarse como una de las zonas de influencia más fuertes de la oposición en la que se materializa una rivalidad entre el poder presidencial y el del Jefe de Gobierno de la ciudad de México. La fecha más significativa es la elección del presidente Vicente Fox del PAN en 2000 que constituye la ruptura política más importante del México contemporáneo. Seis años después se consolida el derrumbe del PRI con la victoria del candidato panista Felipe Calderón en unas elecciones en donde del otrora megapartido queda en tercer posición después del PRD, quien se muestra inconforme del resultado.

En los últimos veinte años aparece con gran intensidad la generalización a todos los niveles de la violencia en la sociedad. En el ámbito político se dan repetidos casos de atentados y magnicidios, entre los que podemos evocar los más resonantes. Clouthier, candidato del PAN a la presidencia en 1988, muere en octubre del año siguiente en un accidente de carretera, cuya naturaleza nunca es aclarada. En marzo de 1994, en plena campaña en Tijuana, tiene lugar el magnicidio de Luis Donaldo Colosio, el candidato del PRI. Meses después, J. F. Ruiz Massieu, secretario general del PRI, es también asesinado ahora en la capital. De esa manera son eliminadas las dos poderosas y visible cabezas del PRI y en ambos casos persisten zonas de sombra sin esclarecer. El atentado a Colosio tiene lugar unos días después de su notorio discurso de fuerte contenido social y que se desviaba de la política del sexenio en curso. Su magnitud histórica remite al asesinato de Obregón (1928): si este asesinato precede la formación del PRI, el de Colosio anticipa su derrumbe.

Inevitable señalar las sonoras masacres de Aguas Blancas en junio de 1995 y la matanza de Actela en diciembre de 1997, esta última en la región de Chiapas donde se había fortalecido el Ejército Zapatista de Liberación (EZLN). Recordemos que en el régi-

men de Salinas (1988-1994) hay una recuperación económica después de la desastrosa década de los ochenta y México firma el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá. El mismo 1 de enero de 1994, el primer día del inicio de la vigencia del tratado, aparece la insurrección de los zapatistas en Chiapas. La acción y la fecha poseen un valor simbólico de señalamiento de la presencia de una oposición al Gobierno Federal, latente hasta nuestros días y asimilable a los movimientos altermundialistas actuales. A finales de aquel mismo año –unos días después de la toma de posesión de Zedillo, el último presidente del PRI– México sufre una grave devaluación de su moneda que provoca una fuerte inestabilidad económica a nivel continental.

Un aspecto central y positivo de este periodo es el del cambio en la regulación de las elecciones. En 1990 se crea el Instituto Federal Electoral (IFE), un organismo público, autónomo, responsable de cumplir con la función estatal de organizar las elecciones federales de México y que empieza a operar en octubre de ese año. Las sucesivas reformas de este organismo en 1993, 1994, 1996 y 2007 lo han consolidado en su función de organización y arbitraje de las elecciones. A pesar de sus dudas y titubeos en el proceso de las elecciones del 2006, fuertemente impugnadas por el PRD, su función ha sido fundamental en el proceso de democratización del país.

SÍMBOLOS, RITUALES Y VALORES

El trasfondo de la bandera

Símbolo por antonomasia de una comunidad, nación o Estado, en el caso de México, su iconografía lleva los colores nacionales y, vestigio de la heráldica, el escudo nacional, otro símbolo profundo que remite al mito fundacional.

Una imagen religiosa, el lienzo de la Virgen de Guadalupe, es enarbolada por Hidalgo como emblema del ejército insurgente al inicio de la lucha independiente de 1810. Contrapunto y coincidencia, una imagen mariana como estandarte –según el testimonio de Boturini–, fue uno de los emblemas de Hernán Cortés durante la Conquista. En 1813, Morelos emplea una bandera con cuadretes azules sobre un fondo blanco en cuyo centro aparece por primera vez el águila con una corona, posada sobre un puente de tres arcos en los cuales aparecen las letras «V», «V» y «M», iniciales de «Viva la Virgen María». Las banderas insurgentes posteriores eliminan las referencias marianas y adoptan los colores verde, blanco y rojo como sus colores distintivos.

Con el antecedente de la bandera trigarante del Plan de Iguala (1821), la del Imperio de Iturbide, que sustituye al régimen virreinal español, establece la asociación de los dos elementos esenciales de las banderas mexicanas ulteriores: las franjas de los tres colores verde, blanco y rojo –símbolo de convergencia de las garantías de independencia, religión y unión– y el escudo con un águila coronada sobre un nopal que reposa en un islote de un lago en la franja blanca. En 1823, el escudo se modifica con el águila de perfil que aparece sin la corona –símbolo imperial– y que devora a la serpiente; además, en la parte inferior, dos ramas, una de encino al frente del águila y otra de laurel al lado opuesto, forman entre ambas un semicírculo inferior y se unen por medio de un listón. Esta forma de representación –aunque con variantes, según las épocas y las orientaciones políticas de los regímenes– perdurará hasta la bandera vigente en la actualidad. El valor simbólico del escudo remite al mito de fundación de la antigua Tenochtitlán. La tribu procedente

del legendario Aztlán debía de fijar su asentamiento en el lugar en el que –según la versión más difundida– apareciera el águila sobre un nopal devorando a la serpiente, alusión a una cosmología solar y nocturna. Esta señal aparece en un islote del Lago de Texcoco, lugar donde fue construida la otrora ciudad lacustre azteca el 13 de marzo de 1325 –según la fecha más aceptada–, en el mismo lugar donde reposa la actual capital mexicana. Por otra parte, después de la secularización de las leyes de Reforma, el significado de los colores de la bandera cambia: la Esperanza (el verde), la Unidad (el blanco) y la sangre de los héroes nacionales (el rojo). La actual legislación sobre la bandera (Art. 3) no especifica un simbolismo oficial de los colores.

La tradición de estos elementos histórico-iconográficos de la bandera constituye la raíz de una cultura política visual que influye ciertamente en la de los partidos políticos actuales en la selección de colores de sus logos. Así, en ellos, el azul y el blanco aparecen en las formaciones de derecha (el PAN y el reciente Partido Nueva Alianza, PANAL); el verde constituye obviamente el color del Partido Verde Ecologista Mexicano, PVEM. Casi todas formaciones de izquierda (Partido del Trabajo, PT, Convergencia y el Partido Socialdemócrata) privilegian el uso del rojo; la excepción es la del PRD que emplea el amarillo. En particular, el PRI es la única formación política que adopta desde sus orígenes (PNR) para su logo los tres colores de la bandera nacional representados en sus franjas. Esta apropiación es altamente significativa y ambivalente: si el partido por su capacidad de dirigir al país a lo largo de 70 años se identificaba al gobierno, el atribuirse los colores de la bandera muestra la voluntad de identificarse con la nación misma. Todavía hace algunos años, para un pueblo de alto índice de analfabetismo, durante la campaña electoral, un argumento para la votación a favor del PRI era la identificación del logo con la bandera. En la actualidad, el logo ha eliminado las franjas pero sigue conservando los colores. Este uso iconográfico no ha sido exclusivo del PRI. El PRD había escogido los mismos colores, pero los cambió en los años noventa. Recientemente, en 2005, durante la crisis del desafuero o destitución de Andrés Manuel López Obrador, sus seguidores distribuyeron un moño tricolor como símbolo de apoyo a su causa y en sus últimas manifestaciones políticas los colores de la bandera aparecen en sus pancartas.

De fiestas y rituales

En el México actual, en donde la celebración de los difuntos (2 de noviembre) y del Día de la Virgen de Guadalupe (12 de diciembre) siguen siendo auténticas fiestas populares profundamente ancladas en su cultura, también se festejan con días feriados el Día de la Constitución (5 de febrero), el Natalicio de Benito Juárez (21 de marzo), la Victoria de 1862 en Puebla sobre las tropas de intervención francesas (5 de mayo), el Día de la Independencia (16 de septiembre) y el Día de la Revolución (20 de noviembre). Otras fechas oficiales de valor simbólico son el Día de la Bandera (24 de febrero), el Día de los Niños Héroes (13 de septiembre) y la Noche del Grito (15 de septiembre). Recientemente, un decreto oficial redistribuye los días de descanso para prolongar los fines de semana correspondientes: lo moderno, práctico y económico predomina sobre una tradición ritual histórica.

En el calendario oficial mexicano resalta la valoración de tres etapas históricas fundamentales del país. La primera es la de la Independencia, que implica el festejo del 16 de septiembre, pero también el de la noche de la víspera, la del Grito. En la madrugada

del 16 de septiembre de 1810, la historia oficial nos dice que Hidalgo –iniciador de la Independencia– tañe la campana de la ciudad de Dolores y después del sermón grita los *vivas* a la Virgen (el estandarte) y a la deseada nación libre. En la actualidad, el presidente repite este ritual desde el balcón de Palacio Nacional o del correspondiente de Dolores, aunque en las *vivas* ha desaparecido cualquier alusión a lo religioso y a través de los años ha variado la mención de los próceres conforme a la orientación política del periodo.

En septiembre – el llamado mes patrio– se celebra a los Niños Héroes el 13 de septiembre. Un acto oficial recuerda –a través del homenaje a seis víctimas emblemáticas, seis jóvenes cadetes– la invasión norteamericana de 1848, cuya consecuencia fue la pérdida de más de la mitad del territorio actual de México.

Las fechas del 21 de marzo y del 5 de mayo evocan la etapa de la lucha de liberales y conservadores y de la Intervención francesa. La primera señala el natalicio de Benito Juárez –quizá la figura más simbólica y venerada de la historia mexicana– quien fue un político liberal impulsor de las Leyes de Reforma que conllevan la separación de la Iglesia y el Estado en 1857 y el presidente itinerante durante el efímero imperio de Maximiliano apoyado por los conservadores que duró hasta 1867. La festividad de mayo evoca la batalla de Puebla de 1862, en la que el Ejército mexicano bajo las órdenes del general Zaragoza derrota al francés –caso singular donde México vence a una potencia extranjera– aunque meses después la intervención es llevada a término.

El largo periodo de la Revolución mexicana –primera gran revolución social del siglo xx– es recordado el 20 de noviembre, la fecha de su inicio en el año de 1910. Liderada por Francisco I. Madero, su resultado inmediato fue el derrocamiento de la dictadura de más de treinta años de Porfirio Díaz. Vinculada a este hecho histórico, la ceremonia del 5 de febrero celebra la Constitución de 1917 redactada en medio de las inestabilidades del periodo revolucionario, constitución que modifica y actualiza la anterior de 1857.

Una última festividad, la del 24 de febrero que conmemora el Día de la Bandera, persiste aún como un intento de unidad político-cultural.

Otro par de fechas de naturaleza diversa en el calendario oficial atañen directamente a la función del presidente en la época reciente. La primera –la del ritual del Informe presidencial (1 de septiembre)– coincide con el día del inicio del periodo anual de sesiones del Congreso. Durante el apogeo del PRI, esta fecha se había convertido en el Día del Presidente. El mandatario se presentaba en la Cámara de Diputados para realizar la lectura de su informe anual de gobierno. La lectura duraba varias horas y el contenido de su discurso magnificaba sus actividades; el informe era respondido majestuosamente y respetuosamente por algún miembro de la cámara que se complacía en proferir elogios al mandatario. El ritual sufre una primera fisura hace veinte años, cuando en 1988 el presidente Lamadrid es violentamente interpelado por un miembro de la Asamblea, Muñoz Ledo, en un hecho insólito en la época, que precede los fuertes cambios de la ceremonia en el siglo actual. Así, en 2005, después del desafuero de López Obrador, candidato potencial de la oposición del PRD, el discurso del presidente Fox es interrumpido y abucheado, y su persona es directamente insultada por los diputados de dicha formación. Un año después, los mismos diputados toman la tribuna y le impiden al presidente el acceso; éste se limita a entregar en la antesala del recinto un ejemplar impreso del Informe. En 2007, el presidente Calderón se presenta a la

Asamblea, también deja su Informe por escrito en una ceremonia sin honores a su investidura y apenas emite un mensaje político de unos cuantos minutos. Este año es el del vacío: el presidente no asiste a la Cámara, el ritual ceremonial del besamanos desaparece y se limita a enviar con un ministro su voluminoso informe. Inclusive la forma alternativa del informe por medio de la televisión, empleada por Fox, no se da.

La evolución de esta ceremonia es muy significativa en cuanto a la percepción de la figura del ejecutivo y de la pérdida de su aura presidencial. La existencia de una oposición política ha modificado la relación de fuerzas del mandatario con el legislativo: existe ahora un fuerte enfrentamiento del ejecutivo y el legislativo y se ha pasado de la actitud ceremoniosa y servil a la del insulto y del rechazo. ¿Concluye el fin del presidencialismo?

Otras dos fechas rituales son las de las elecciones presidenciales (y de algunas gubernaturas federativas y de los miembros del Congreso) en el primer domingo de la semana de julio cada seis años y la de la correspondiente toma de posesión del presidente electo el primer día de diciembre; entre ambas hay un largo periodo de casi cinco meses. En la época del PRI, esto permitía una transición paulatina de reacomodo entre los gobiernos del presidente en curso y el del electo. A pesar de la alternancia política del 2000, el calendario de elección y entrega del poder ha persistido.

Interludio de un léxico común

Creado a través de los años por un autor colectivo, la *vox populi*, ha existido y perdura un léxico de empleo cotidiano, coloquial y generalizado para designar, criticar y mofarse de la figura de los políticos mexicanos y de sus usos y costumbres.

Una posible tipificación abordaría en principio lo relativo a su identidad. Si los políticos son funcionarios por su estatus de empleados de los organismos oficiales, el término *funcionario* ha recibido la acepción restringida al político. Hace veinte años, a sabiendas de esta acepción y de su carga semántica negativa, el gobierno oficial propone el término de *servidor*. También han sido llamados de manera despectiva los *polacos* que hacen la *polaca*, forma de la política degradada. Otra denominación es la de *grillo*, utilizada desde hace años en los medios universitarios. Tradicionalmente, el político, dada su importancia es llamado el *influyente*. En cuanto a las múltiples palabras que designan su deshonestidad, la denominación más frecuente es la de *ratero*, voz coloquial también general. Si otra variante de juicio los señala *corruptos*, de igual manera el político es un *transa* (sinónimo de tramposo, deshonesto, empleado también con carácter general). De uso asociado, algunos políticos por su práctica de timo con fines de lucro son *coyotes*. En fin, el discurso emitido por los políticos –dadas sus características de extensión y de «retórica»– es designado como *rollo*.

La denominación por antonomasia para un puesto oficial y en particular político es la de *hueso*. Por otra parte, hacia los años sesenta, algunos caricaturistas (Quesada, Rius) difundieron el término de *aviador* para aquellos que «atterizaban» en las oficinas gubernamentales únicamente para cobrar y firmar la nómina. Extremando las consecuencias de esta designación denominaban *La Real Fuerza Mexicana* al conjunto de *aviadores* que cobraban sus canonjías. Imposible no recordar una célebre frase de la época de apogeo del PRI que dictaminaba: «Vivir fuera de la nómina (presupuesto) es vivir en el error».

No son exclusivos de la cultura política mexicana –aunque quizá sí en su intensidad

hiperbólica— los procedimientos para la selección y nominación de los cargos políticos que funcionan bajo la consigna del *amiguismo* y del *compadrazgo*, formas a la mexicana del nepotismo. Para ocupar algún puesto, se necesita obligatoriamente tener una *palanca* y es recomendable conocer a alguien que tenga *derecho de picaporte*. Los políticos arribistas son, característica primordial, *lambiscones* (palabra de uso general para aduladores y rastreros). Para el caso más importante, la nominación presidencial, en los tiempos del Gobierno-PRI, al aproximarse el momento del cambio sexenal, el presidente en turno era el único que conocía a su sucesor, el *tapado*, a quien designaba con el *dedazo* para nominarlo. Aquellos tiempos de la *dedocracia*...

En lo que concierne a las acciones políticas, como norma frecuente de funcionamiento, se emplean los términos de *transa* (chanchullos) y de *mordida* o *corta*, para el dinero ofrecido para obtener algo, términos todos de uso general; y en cuanto a la movilización la forma privilegiada es el *acarreo*, tanto para eventos de masa como durante el proceso electoral. El PRI ha utilizado durante años esta forma de acción ofreciendo como dádiva a las personas movilizadas *la torta* y *el refresco*, sinónimo en primera instancia de la comida y bebida, pero extensible, conforme al nivel del movilizad, a otros tipos de beneficios mayores (puestos políticos, facilidades de adquisición de casas populares *et al.*) El PRD recientemente ha propuesto la variante de *la gorra* y *la playera* (camiseta).

En la época del *tapado*, una vez conocida su identidad, se daba la *cargada*, es decir, el apoyo incondicional y masivo de todos los sectores del PRI para apoyar al *bueno*, al candidato que sería electo. Este tiempo era también el del *carro completo*, cuando los candidatos del partido priísta obtenían todos los puestos de elección popular: la presidencia, las gubernaturas, los escaños o *curules* en la Asamblea y las presidencias de los municipios.

En los últimos veinte años las calles se han visto invadidas de manifestantes. Harto frecuentes, casi cotidianos, han sido las *marchas*, los *bloqueos* de las vías urbanas principales (y de carreteras) y los *plantones* en lugares significativos y simbólicos de las ciudades.

Evoquemos por último otras dos formas de acción: los *albazos* (adelantarse en una actividad) y los *tribunazos* (ocupación y toma de la tribuna), ambas frecuentes en los últimos años.

De lo nacional y lo presidencial

Tradicionalmente, uno de los grandes valores esgrimidos en la cultura política de todos los países es el énfasis en lo nacional y lo propio. Lo nacional constituye un valor sin duda, pero conlleva también un doble filo, el nacionalismo y sus excesos xenófobos que la historia reciente nos ha vuelto a confirmar.

Si existe un orgullo por la defensa de lo nacional, ésta en el caso de México tiene sus particularidades propias. Creo que en la composición étnico-cultural del país, en su rico pasado precolombino y en las agresiones sufridas en su historia moderna y contemporánea se encuentran las raíces de un énfasis nacionalista. Perduran en la memoria del México actual recelos ancestrales frente a la agresión exterior: el temor al Conquistador o al extranjero invasor (Estados Unidos principalmente) y la consecuente relación de dominación y de desprecio. Esto favorece la idea de un repliegue histórico cultural en una raíz de *lo* puramente mexicano. En el México contemporáneo, la imagen simbólica de la Malinche (Malintzin, la amante y traductora de Cortés) ha sido vista como paradigma de la trai-

ción y de su nombre se deriva el término *malinchista*, aquél que desprecia lo nacional frente a lo extranjero, el que vende la patria. A diferencia de los países del Cono Sur cuya población e identidad se ha forjado a través de la integración de fuertes oleadas inmigratorias, México cuantitativamente ha sido un país más cerrado a la recepción del extranjero.

En particular en los orígenes de los funcionarios públicos aparece reflejada esa pertenencia al país. En el siglo xx, el presidente debía ser mexicano por nacimiento, hijo de padres e incluso de abuelos mexicanos. En la actualidad se observa una evolución pues el artículo constitucional (83) ha modificado la filiación al exigir solamente que sea hijo de padre o madre mexicanos.

Otro aspecto profundamente anclado como valor político cultural es desde luego el repudio a la dictadura, aunque el país resistió una *dictablanda* del PRI durante siete décadas. Hasta nuestros días en todo documento oficial sigue apareciendo el lema revolucionario «Sufragio efectivo, no reelección». Si la primera parte exalta el voto democrático, la segunda señala el límite sagrado de la duración del mandato presidencial en los regímenes posrevolucionarios. En efecto, después de la dictadura de Porfirio Díaz (1876-1911) ningún presidente ha efectuado un segundo mandato; Obregón, el único que intentó reelegirse, fue asesinado. En la época PRI-Gobierno, el código tácito de la función presidencial establecía una suerte de absolutismo sexenal del presidente pero éste, al final de su periodo, debía apartarse por completo de la función. El precedente de esta regla presidencialista fue fijado desde Lázaro Cárdenas, cuando en 1936 expulsó del país a Calles, que había logrado mantener su influencia desde el final de su mandato en 1928, periodo conocido como *maximato*. A partir del cambio político del 2000, el poder presidencial se ha visto limitado (hay una oposición en las asambleas y una renovación a mitad de sexenio capaz de modificar la relación de fuerzas), no obstante, los privilegios del mandatario siguen persistiendo en la cultura política del país.

De la joven democracia y del voto

Después de siete décadas del unipartidismo, el México del siglo XXI vive una época de pluralidad democrática. A pesar de su larga historia como país, los regímenes democráticos han sido breves y contados (un poco más de una década en la segunda mitad del siglo XIX, menos de un año a principios del siglo XX y en los años alrededor del cambio del siglo actual). El fin del estilo PRI-Gobierno desestabilizó los usos político-culturales del país. Tantos años del partido único produjeron generaciones que ignoran los usos y costumbres democráticos. El cambio político ha provocado graves problemas de desconcierto y de adaptación en los actores de la clase política. Esto es harto visible en la realidad cotidiana en donde los ciudadanos comprueban las dificultades de sus representantes para argumentar en los debates, en donde aparecen problemas de civilidad: facilidad para el grito, el insulto y la violencia física. Hay por desgracia todavía una carencia de madurez cívica en los gobernantes y en el pueblo mismo.

Durante décadas ha perdurado la costumbre del voto arreglado en las elecciones. En el apogeo del PRI-Gobierno, la Secretaría de Gobernación organizaba y controlaba *de facto* las elecciones. En ese marco se ha dado un amplio abanico de irregularidades: registros en los que figuraban nombres duplicados, ciudadanos muertos o inexistentes que votaban; papeletas marcadas de antemano; votantes en múltiples casillas; votos añadidos en los relle-

nos directos de las urnas; pretendidos errores en los cómputos de votos y en las listas de resultados. No olvidemos la «caída del sistema» de las elecciones de 1988 ya en plena era informática. Este pasado aún está muy presente en la memoria ciudadana y la prensa actual sigue mostrando protestas que implican la persistencia de estas prácticas fraudulentas.

La creación del IFE como organismo autónomo y regulador del desarrollo imparcial de los escrutinios ha permitido un juego electoral más justo. No obstante, el caso de la última elección presidencial del 2007 puso en tela de juicio su credibilidad. Frente a una contienda particularmente reñida, los resultados del IFE posteriores a la elección atribuyeron el triunfo al candidato del PAN por una escasa diferencia porcentual. El candidato del PRD rechazó estos resultados afirmando un fraude electoral y sus partidarios ocuparon la principal arteria urbana y el Zócalo durante semanas. No obstante la protesta y la movilización, los resultados del tribunal electoral (TRIFE) confirmaron la primera decisión emitida. Persisten hoy en día rumores, tomas de posición tajantes, dudas.

Ahora bien, con un poco de distancia, estos comicios ilustran algo inconcebible durante los sexenios priístas: la existencia de partidos diferentes que participan activamente en las decisiones de las cámaras y que tienen la posibilidad de proponer candidatos con esperanza real de ocupar los puestos; un libre juego más visible en las formaciones políticas para elegir al candidato presidencial; la posibilidad de constituir coaliciones; la obligada necesidad de actividad en las campañas; los debates televisivos; el desconocimiento del candidato triunfador de antemano. Cambios notorios que han permitido en los ciudadanos una mayor conciencia política y una movilización hacia las urnas.

PERCEPCIÓN Y RECEPCIÓN

Percepción

Durante las décadas del PRI-Gobierno, la percepción generalizada de lo político en México es de una profunda desconfianza y, aún más, de un pesimismo asolador: todo estaba arreglado y nada podía hacerse. El cambio político en los últimos once años inyecta alguna esperanza.

También durante décadas, la figura del actor político conlleva la imagen del privilegio, la prepotencia, la deshonestidad, la corrupción, la injusticia y la impunidad. Por desgracia ha habido pocos cambios en esa percepción: se siguen acumulando fortunas en unos cuantos meses o peor durante muchos años; a pesar de una mayor información y de consensos generales de su deshonestidad, perduran en sus puestos algunos políticos intocables (los gobernadores de Puebla y de Oaxaca, entre otros). Desgracias que no hacen más que consolidar esa percepción.

Desconfianza también de los *media* en donde priva la percepción de informaciones eludidas, alteradas.

La ventana de píxeles

Sin duda el medio privilegiado de difusión masiva en México, la televisión ocupa un lugar medular en la transmisión y recepción de la actualidad política. Actualmente en la zona metropolitana de la Ciudad de México once canales de televisión abierta difunden sus emisiones. Ocho de ellos pertenecen a empresas privadas: Televisa (2, 4, 5, 9); TV Azteca (7, 13, 40) y Cadena 3 (28). El panorama audiovisual cuenta también con tres

canales gubernamentales: el 11 (del Instituto Politécnico Nacional), el 22 (canal cultural del Consejo Nacional de Cultura) y el 34 (del Estado de México).

La evolución en el tratamiento de la información sobre temas políticos en los últimos cuarenta años refleja en buena medida la del sistema político mexicano. Tomo como pauta la fecha de 1968 dada su obvia importancia en la evolución de la historia política y cultural del México de nuestros días. En aquel entonces las cadenas de la única televisión comercial, el antiguo *Telesistema Mexicano* (que más tarde se fusionaría a la *Televisión Independiente de México* para constituir el emporio actual de *Televisa*) no transmitió con veracidad la amplitud de los sucesos del movimiento estudiantil y, en particular, de la matanza del 2 de octubre en Tlalteloco. Hubo una severa censura de la información y una ausencia de crítica y de debate. Esta situación significativa y simbólica ejemplifica el estricto control ejercido por el Gobierno-PRI de la época para la difusión de la información política e, igualmente, la obligada aceptación de ese estatus por parte de los periodistas y comentaristas de la televisión.

Efectos del cambio político, pero también de la modernización y de la globalización, en la televisión mexicana se observan mejoras en la libertad de expresión tanto formales como materiales. En los años recientes de nuestro siglo se puede corroborar un cambio en el tratamiento de la información sobre temas políticos y en los formatos de sus emisiones en las cadenas comerciales y gubernamentales. En los noticieros o telediarios, los periodistas y comentaristas (o comunicadores como ahora se les conoce) disponen de una mayor libertad para la redacción, y difusión de sus notas y para la formulación de preguntas en las entrevistas a los actores políticos; se integran voces críticas de intelectuales que expresan su punto de vista analítico; se presentan debates entre actores políticos de formaciones políticas diferentes; se apela a instituciones de sondeo para la evaluación moderna y cuantificada de los fenómenos políticos y sociales; hay una movilidad en el trabajo de los reporteros que recogen informaciones de los actores políticos y de la opinión pública *in situ*, en las arterias de la ciudad y en otros espacios; se ha desarrollado la interactividad que permite la intervención directa de los televidentes a través de llamadas telefónicas o *mails*. Existen también formatos diferentes para el análisis y la crítica de la actualidad política en emisiones consagradas únicamente a las entrevistas de personalidades, así como foros, debates y mesas redondas. Si estas emisiones que adoptan un tono serio (afortunadamente menos solemne que antaño), pueden contribuir al desarrollo del sentido crítico del espectador, también se ha dado mayor libertad para la transmisión de emisiones satíricas y *talkshows* que laceran con feroz ironía los comportamientos de los políticos y muestran una imagen degradada de ellos, cuya cualidad primera es la deshonestidad. Estas emisiones (o segmentos de otras generalistas) abundan en anécdotas, chismes y burlas que propician efectos de distracción y de catarsis en los televidentes.

Efecto también del desarrollo de las tecnologías audiovisuales contemporáneas que se han generalizado, la televisión difunde vídeos realizados por ciudadanos o por «cámaras escondidas». Notable fue el escándalo político de la difusión de los vídeos de corrupción de funcionarios del Gobierno del Distrito Federal en 2004 que imita los artificios de películas y de series de acción televisivas. También relevante el uso de los *spots* político-publicitarios por las instancias de gobierno y de los partidos políticos particularmente frecuente e intenso

en la televisión mexicana. Baste mencionar el caso concreto de las últimas elecciones del 2006, en donde una feroz guerra mediática se desató entre los candidatos durante la campaña presidencial que contó con la participación y los apoyos de empresas; intelectuales e, inclusive, del presidente en turno. La presencia del mandatario en las pantallas fue fuertemente criticada por el PRD y constituyó un motivo de sanción por parte del Tribunal Federal Electoral (TRIFE), aunque ésta no produjo mayores consecuencias. Los *spots* políticos gubernamentales (federales o estatales) son hartamente frecuentes en las pantallas televisivas. En particular, durante estos días del verano de 2008, los espectadores hemos recibido un bombardeo mediático de *spots* del Gobierno Federal como, por ejemplo, los de la serie *Vivir mejor* (con formato geométrico y moderno y con el peso simbólico de los colores de la bandera y del escudo nacional) que impulsan la reforma gubernamental de PEMEX o intentan convencernos de la transparencia del gobierno gracias al Instituto Federal de Acceso a la Información pública (IPAI). Por otra parte, la oposición tampoco ha dejado de presentar sus respectivos *spots* que contradicen a los gubernamentales.

Los patrones de la actual época mediática han influido en los usos y costumbres de lo político. La accesibilidad de los actores políticos es mayor: los altos funcionarios e inclusive el presidente se desplazan con frecuencia a los estudios o platós televisivos y responden en vivo a los llamados telefónicos. Se han modificado los comportamientos de actores y comunicadores políticos en su lenguaje oral y kinésico. Estos cambios muestran los efectos de asesorías de expertos de la comunicación y de la imagen.

Si en el actual discurso de los actores políticos en México ha habido algunos efectos de moderación con respecto al pasado, las «retóricas» solemnes, pomposas, altisonantes y/o populistas no dejan de prevalecer. Ahora bien, las normas comerciales de la televisión fragmentan y aceleran las citaciones de los discursos en los noticieros por cuestiones de costos. Si estos efectos técnico-comerciales de corte matizan el discurso hiperbólico, también corren el riesgo de descontextualizarlo y por ende de manipular su sentido.

La interlocución entre actores y comunicadores también ha cambiado y se ha vuelto más directa; inclusive, en el caso de algunos comunicadores, el tuteo, una mayor confianza en el trato y una proxemia cercana se han convertido en la regla de su relación con los actores políticos. En cuanto a lo genérico, es de uso cultural que los presentadores de los noticieros, sobre todo de las cadenas comerciales, tiendan a «contar» las noticias buscando posiblemente una proximidad con el televidente.

Hay comunicadores que se han convertido en auténticas *vedettes* mediáticas. Aparecen a menudo en secuencias autopromocionales de las cadenas y sus fotografías lucen retocadas en grandes carteles urbanos. Su presencia en las emisiones en las que participan, en particular en las de *Televisa*, se realza con puestas en escena técnicamente modernas en su música, iluminaciones, efectos de encuadre y de montaje. La forma se corresponde con el contenido de un discurso crítico-político que muestra la voluntad de emplear un lenguaje más especializado y moderno, de ser más dialéctico y polémico, aunque no deja de persistir el imperativo de la pretensión oracular, del arte y la obligación de la predicción. Una notable evolución es la de matizar, por fortuna, los excesos del elogio incondicionado y de la alusión servil de los años del PRI-Gobierno.

Ahora bien, si las actuales emisiones de análisis político y de debate constituyen un síntoma de un mejoramiento de la información y de la crítica, su programación en la tele-

visión abierta a horas tardías reduce, por desgracia, su impacto en la recepción del público televidente. Las estrategias comerciales de las atribuciones del *prime time* siguen privilegiando el adormecimiento del telespectador.

Sí, en la televisión, la libertad de expresión es mucho mayor que hace cuarenta años: más voces y formatos, la desacralización de personajes y temas políticos, el cuestionamiento a y de los actores políticos, la integración de la voz de la opinión pública. Entre el discurso y la acción políticos por un lado y la información, el análisis y la crítica por el otro, hay una relación complementaria que es a su vez dinámica, móvil y de gran reactividad entre sí. Se ha modificado el código de lo mostrable y de lo discutible. A pesar de lo anterior, no está por de más cuestionarse: ¿qué tanta información realmente se conoce? ¿Hasta adónde llega la libertad de expresión crítica? ¿Las voces críticas de intelectuales y analistas cubren el espectro político? ¿Se respeta una proporción equilibrada en el tiempo de antena para la pluralidad de puntos de vista? ¿Son válidos los criterios de selección de las voces de la opinión pública (en vivo, filmadas, llamadas telefónicas, *mails*)?

Sin pretender caer en comportamientos paranoicos, ¿qué tanta información aparece (o se oculta)? La experiencia del pasado nos ha mostrado repetidamente que al cambiar de sexenio aparecen *relecturas* de acontecimientos y comportamientos políticos. Se esclarecen «secretos y misterios de estado» (p. ej., las atrocidades de «guerra sucia» del sexenio de Echeverría en los setenta). Los altos funcionarios y en particular la figura del presidente –patriarca, sumo sacerdote, *tlatoani* («el que habla, orador»)– cae en la desgracia: de las voces elogiosas y rastreras se pasa al vilipendio feroz.

¿Información o manipulación? ¿Veracidad o propaganda? ¿Qué tanta crítica es asimilable por el sistema? El sistema político mexicano da muestras de resistir una crítica más desarrollada: hay mucho camino por recorrer.

FRAGMENTOS FINALES DE UNA ACTUALIDAD

La elección del panista Fox en 2000 suscita grandes esperanzas e ilusiones de cambio; su administración del llamado periodo de la transición deja mucho que desear. Si la inflación se reduce, se logra una proximidad al equilibrio presupuestario, se fortalece el peso y se controla la deuda externa; el crecimiento económico y la generación de empleo son insuficientes, la reforma fiscal es fallida, se cometen graves errores diplomáticos (tensiones con EUA, Cuba, Venezuela, Argentina, Bolivia), se suspenden proyectos (nuevo aeropuerto) o resultan un fracaso (la megabiblioteca), y la política cultural peca de deficiencias. En particular, su gobernabilidad, después de las elecciones a mitad del sexenio, resulta muy limitada y conflictiva. Es resonante su rivalidad con el perredista López Obrador, con quien comparte, paradójicamente, un carisma mediático y popular, una verba fácil y una facilidad para la polémica.

Por su parte, López Obrador, un agudo político, prepara cuidadosamente su candidatura a la presidencia desde el principio de su ejercicio en la Jefatura de Gobierno de México. Así, desarrolla una intensa actividad de comunicación mediática con declaraciones cotidianas al amanecer que marcan la pauta de la actualidad del día. Su habilidad discursiva –que suscita una nutrida adhesión de masas– cubre en su espectro lo patriótico, lo victimario, lo popular hasta lo populista, el temor del complot en su contra. En su

gestión, realiza notables acciones de choque: medidas económicas de ayuda a la tercera edad, madres solteras y discapacitados; esfuerzos por la educación; obras viales visibles en la capital; éstas contrastan con la carencia de medidas eficaces para el transporte público, el abasto de agua y el empleo. Algunos escándalos (vídeos de corrupción) empañan su gestión. Ahora bien, resuelve con habilidad la cuestión de su desafuero, se mantiene en su puesto y paulatinamente se impone en su partido. Durante años las encuestas de popularidad le fueron favorables, pero la ventaja se fue diluyendo en las cercanías de la elección presidencial. Con un perfil político más cercano al de Hugo Chávez y Evo Morales que al de Michelle Bachelet, Kirchner o Lula, se presenta a los comicios. Estima fraudulento el resultado oficial y lanza un movimiento de resistencia civil que recuerda su acción cuando pierde las elecciones de gobernador de Tabasco en 1994.

No obstante el golpe de las presidenciales de 2006, el PRD alcanza su mejor resultado en toda su historia. En este partido híbrido de notorios ex priístas (Cárdenas, Muñoz Ledo, López Obrador, Ebrard, entre otros) y de varias notables personalidades de izquierda, tradicionalmente ha persistido un problema de dispersión: al menos una decena de facciones coexisten en pugna. En la actualidad, después del fracaso del 2006, el partido sufre una aguda crisis. En sus recientes elecciones internas, los problemas de fraude en el conteo de votos han impedido la elección de su dirigente.

El PRI, gran perdedor de las presidenciales de 2006, intenta recuperar su fuerza de antaño. A pesar de su derrota, conserva una fuerte implantación y representatividad en el país: piénsese, por ejemplo, que de las 32 entidades federativas, aún se mantiene en 18 de ellas; que tiene más de cien diputados en la Cámara; y que constituye la segunda fuerza en el Senado. Dentro del espectro político actual, se autoconsidera «socialdemócrata», entre los conservadores del PAN y la izquierda del PRD.

Frente a los fuertes ataques de López Obrador y de su gobierno paralelo, Felipe Calderón busca reafirmar su legitimidad presidencial. Más discreto y moderado que su predecesor, emprende una campaña contra el narcotráfico que no acaba de resolver el problema; lanza un proyecto de *Primer empleo*; propone una reforma de pensiones al ISSSTE (institución gubernamental de salud de los trabajadores) y actualmente se encuentra impulsando una controvertida reforma del sector petrolero (PEMEX).

En el verano de este año ha resurgido con gran intensidad uno de los más graves problemas del país: la inseguridad. En todos los telediaros durante los últimos dos meses no ha habido uno sólo en el que no se haya visto al menos un acto grave de una violencia omnipresente, polimórfica: asaltos, ataques armados, balaceras y atentados; ejecuciones de niños, de familias, en casas y carreteras, con mensaje; mujeres violadas y asesinadas; secuestros conjugados en todas sus variedades: cualquier persona de cualquier clase social puede ser secuestrada. En los telediaros las informaciones e imágenes violentas, por desgracia, se han banalizado. Las informaciones confirman la implicación de la policía en los delitos; insisten en la no captura de los criminales o que los aprehendidos no son procesados por carencias legislativas; resaltan la total impunidad en México, que ya ocupa el triste primer lugar mundial en el número de secuestros.

El gobierno y todos los partidos de la oposición hablan de la inseguridad, de la impunidad en discursos, declaraciones, actos públicos. Se habla nuevamente de la reorganización de la policía; se habla de la reinstalación de la pena de muerte; se habla, se habla.

Por fin se esboza una colaboración entre el Gobierno Federal y el de la ciudad de México en una enésima reunión de concertación. Todos se suman, ¿pero quiénes asumen? El 30 de agosto, una nueva marcha blanca congrega en el Zócalo a una multitudinaria ciudadanía exhausta de la inseguridad y la impunidad. En estos días resuena con grave intensidad la voz de un padre de familia, a quien le secuestraron y asesinaron a su hijo, que interpela con claridad a las autoridades: «¡Sí no pueden, renuncien!» ¿Habrá por fin acciones eficaces y soluciones? *Facta non verba*.

Porque la inseguridad actual perdura desde hace más de quince años y si hay alguna coincidencia en los diferentes gobiernos federales y gubernamentales asumidos por los tres partidos principales (PRI, PAN, PRD) en estos años, es su total incapacidad de resolverla. Porque la inseguridad y la violencia van unidas a la sombra del dinero del narcotráfico; a la corrupción generalizada, a los graves problemas de educación; a la fuerte desigualdad social; al hambre y la miseria en buena parte de la población.

En la cultura política de México siguen prevaleciendo los discursos demagógicos, pomposos, polarizados e hiperbólicos, de promesas, de alusiones, acertijos y adivinanzas, de pretendido servicio y sacrificio, victimarios, de vanas politiquerías. Cultura política del rumor, y de la adulación; de la imprecisión, de la carencia ideológica; de la proliferación de declaraciones y concertaciones, de la creación de comisiones.

Cultura en la que hay que robustecer la democracia. Porque si la fuerza de la democracia está en la libre expresión ciudadana, en el predominio de la razón y las convicciones sobre la imposición y la violencia, en la crítica y en el debate, en la renuncia al autoritarismo y al control abrumador, también está en su incertidumbre: en la dependencia de las fluctuaciones del voto ciudadano, en el desconocimiento del resultado antes de la elección, en la inseguridad de mantenerse en el poder y en su ejercicio sujeto a otros actores de la sociedad. En la debilidad de esa dependencia de los otros está su fuerza para el acceso al poder y para su permanencia. ■

¡Viva el 16 de Septiembre de 1810!

En los faustos anales de nuestra historia, brilla con resplandecientes destellos, de imperecedera gloria una fecha memorable para nuestra amada patria, el 16 DE SEPTIEMBRE DE 1810.

Ella nos recuerda las heroicas epopeyas que inmortalizaron a los más egregios y conspicuos caudillos de nuestra emancipación política, HIDALGO, ALLENDE, ALDAMA, ABASOLO, MORELOS, MATAMOROS, GALEANA, GUERRERO e ITURBIDE y mil, y mil héroes que ascendieron por escabrosa senda hasta la cima de la Inmortalidad y eterna gloria.

Esos abnegados caudillos que tan magna obra llevaron a cabo: la independencia de México, fueron a la lucha sin interés personal y el pueblo, escuchando el llamado de nuestros invictos héroes, los siguió con entusiasmo, y valor que comunica la noble ambición de LIBERTAD, sin anhelar más recompensa (Según frases del inmortal héroe General Don VICENTE GUERRERO) que « Ver libre a su patria como lo dijo a Agustín de Iturbide en Acatempan.

¡Loor eterno a nuestros egregios héroes que inmortalizaron sus nombres con su abnegada y sublime heroicidad y sus tumbas cubieron con inmarcesible laurel de imperecedera gloria!

R. D. G.

Himno Nacional Mexicano.

✦ CORO ✦

Mexicanos al grito de guerra,
El acero aprestad y el bridón

Y retiemble en sus centros la tierra
Al sonoro rugir del cañon.

Ciña, ¡Oh Patria! tus cielos de oliva,
De la paz el arcángel divino;
Que en el cielo tu eterno destino
Por el dedo de Dios se escribió.
Mas si osare un extraño enemigo
Profanar con su planta tu suelo,
Piensa, ¡oh Patria querida! que el cielo
Un soldado en cada hijo te dió.

Coro.

En sangrientos combates los viste
Por tu amor palpitando sus senos,
Arrostrar la metralla serenos
Y la muerte o la gloria buscar.
Si el recuerdo de antiguas hazañas
De tus hijos inflama la mente,
Los laureles del triunfo tu frente,
Volverán inmortales a ornar.

Coro.

Como al golpe del rayo la encina,
Se derrumba hasta el hondo torrente,
La discordia vencida, impotente,
A los pies del arcángel cayó.
Ya no más, de tus hijos la sangre
Se derrame en contienda de hermanos,
Sólo encuentre el acero en tus manos
Quien tu nombre sagrado insultó.

Coro.

Del guerrero inmortal de Zempoala
Te defiende la espada terrible,
Y sostiene su brazo invencible
Tu sagrado pendón tricolor:
El será del feliz mexicano
En la paz y en la guerra el caudillo,
Porque supo a sus armas de brillo
Circundar en los campos de honor.

Coro.

Guerra, guerra, sin tregua al que intente
De la Patria manchar los blasones,
Guerra, guerra, los patrios pendones
En las olas de sangre empapad.
Guerra, guerra; en el monte en el valle,
Los cañones orrisonos truenen,
Y los ecos sonoros resuenen
Con las voces de Unión Libertad.

Coro.



Antes, Patria, que inermes tus hijos
Bajo el yugo su cuello dobleguen
Tus campiñas con sangre se rieguen,
Sobre sangre se estampe tu pie.
Y tus templos, palacios y torres
Se derrumben con órrido estruendo,
Y sus ruinas existan diciendo:
«De mil héroes la patria aquí fué.»

Coro.

Si a la lid contra hueste enemiga
Nos convoca la trompa guerrera,
De Iturbide la sacra bandera
¡¡Mexicanos!! valientes seguid.
Y a los fieles bridones les sirvan
Las vencidas enseñas de alfombra,
Los laureles del triunfo den sombra
A la frente del bravo adalid.

Coro.

Vuelva altivo a los patrios hogares
El guerrero a cantar su victoria,
Ostentando las palmas de gloria
Que supiere en la lid conquistar.
Tornaránse sus lauros sangrientos
En guirnalda de mirtos y rosas;
Que el amor de las hijas y esposas
También sabe a los bravos premiar.

Coro.

Y el que a golpe de ruda metralla
De la Patria en las aras sucumba,
Ostentará en recompensa una tumba
Dónde brille de gloria una luz,
Y de Iguala la enseña querida
A su espada sangrienta enlazada,
De laurel inmortal coronada
Formarán en su losa una cruz.

Coro.

Patria, Patria, tus hijos te juran
Exhalar en tus aras su aliento,
Si el clarín con su bélico acento
Los convoca a la lid con valor.
Para ti las guirnalda de oliva
Y un recuerdo para ellos de gloria,
Un laurel para ti de victoria
Un sepulcro para ellos de honor.

Coro.